

# Conflictos de género en la revolución: Casa, calle y colectivo en una comunidad sandinista

Rosario Montoya\*

---

---

*Si, pues (hablábamos) de no dejarse, pues de organizarse, de trabajar, de no depender totalmente del hombre, cosas así, y no ser cama del hombre, pues, vivir solo aguantando palo; que había que tratar de superarse para no depender tanto de ellos..., por ejemplo, aprender a hacer algo... Pero cuando ellos se daban cuenta, por ejemplo, que se trataba un tema de esos, ellos se preparaban también...entonces (decían): "de locas están, que me vengan a mí con ese cuento!"*  
*...ellos lo primero que quieren es*

*llegar a la casa y que la mujer siempre esté ahí, como el pilar de casa que no se mueve.*

Miranda Rivera Barrios<sup>1</sup>

## CHOQUES DE GÉNERO COMO PROBLEMA ANALÍTICO<sup>2</sup>

Poco después de que FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional)

---

<sup>1</sup> Entrevistas con Miranda Rivera Barrios, 28 de octubre de 1992 y 27 de julio de 1993.

<sup>2</sup> Quiero agradecer a Georgina Binstock su ayuda con la redacción de este trabajo. Favor de dirigir comentarios a Rosario Montoya, Department of Anthropology, University of Michigan, 1029 LSA

---

\* Institute for Research on Women and Gender, University of Michigan, Ann Arbor, E.U.A.

tomó el poder en Nicaragua en julio de 1979, El Tule surgió como una comunidad sandinista modelo dentro del departamento de Rivas. La participación de los tuleños en el movimiento sandinista había empezado desde antes del triunfo de la revolución, cuando su comunidad vino a formar parte de la red guerrillera del FSLN en el suroeste del país. Después del triunfo, gran parte de los campesinos de esta comunidad se integró a los varios frentes de la revolución, destacando particularmente por sus logros organizativos en la producción, a través del establecimiento de la primera cooperativa agropecuaria del municipio, y en trabajo político-cultural, a través de su labor en la fundación de un movimiento nacional de teatro campesino que trabajaba estrechamente con el FSLN.

En 1982, junto con varias organizaciones sandinistas, activistas tuleños organizaron el proyecto más controversial hasta ese momento: un colectivo femenino de hortalizas. La idea de un colectivo de mujeres, que empezaba a tomar cuerpo en varias partes del país en esos momentos, fue sugerida por un educador popular que había trabajado con la comunidad en varios proyectos, y que tenía experiencia con iniciativas similares en otras partes del país. El objetivo del colectivo, tanto para las mujeres participantes, como los activistas de la comunidad y los organizadores sandinistas, era mejorar la dieta de las familias del pueblo

al proveerlas de alimentos cuyo costo no les permitía comprarlos en el mercado con regularidad. Para aquellos con inclinaciones políticas, el colectivo también significaba un lugar que construiría unidad entre las mujeres como miembros del campesinado a través de la experiencia de trabajo juntas y compartir los productos de su trabajo. En el proceso, se pensaba, el colectivo fortalecería el movimiento de la organización popular, columna vertebral del estado sandinista<sup>3</sup>.

Aunque la mayoría de los Tuleños apoyaba en principio la idea del colectivo, sus ambivalencias sobre la organización no tardaron en surgir e incidir negativamente sobre su consolidación. En particular, el colectivo estaba plagado por ataques incesantes sobre las mujeres miembros, a las cuales muchos pobladores, particularmente hombres, tachaban de *vagas*, un término moral que connota holgazanería y, especialmente, accesibilidad sexual. De esta manera, la mayoría de los hombres -incluyendo muchos que se consideraban sandinistas y en principio aceptaban la necesidad de *liberar* a las mujeres de la opresión masculina- culpaban a sus esposas de ir al colectivo a *buscar hombres*, y algunos llegaron a amenazar a sus

<sup>3</sup> Clara Murguialday, *Nicaragua, revolución y feminismo* (1977-1989) Madrid, Editorial Revolución, 1990, p. 105.

parejas con dejarlas, e incluso a maltratarlas físicamente por participar. Varios años más tarde, cuando se estableció un segundo colectivo, la intransigencia de los hombres seguía intacta y dio pie a un nuevo ciclo de hostigamientos a la nueva organización.

Como en El Tule, la oposición de los hombres a la participación de las mujeres en actividades extra-domésticas era común en Nicaragua durante la década sandinista<sup>4</sup>. Hasta el momento, la mayoría de las explicaciones de este problema se han ofrecido desde la economía política de la producción campesina. Algunos han propuesto, por ejemplo, que la libre participación de las mujeres en la producción se dará una vez que hubieran cambios en la división sexual del trabajo de tal manera que las mujeres no tengan responsabilidad exclusiva del cuidado de los hijos y las labores domésticas<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Yolanda Herrera, "El dilema de las campesinas". *Pensamiento Propio*, no. 60. Managua, Mayo 1989; Martha Luz Padilla, et al., "Impact of the Sandinista Agrarian Reform on Rural Women's Subordination", en *Rural Women and State Policy: Feminist Perspectives in Latin American Agricultural Development* Boulder, Westview Press, 1987, p. 128; Paola Pérez Alemán. *Organización, identidad y cambio: las campesinas en Nicaragua*. (Managua, CIAM, 1990, p. 86. Es interesante notar que muchas alfabetizadoras fueron tachadas de *prostitutas* por participar en la Cruzada de Alfabetización de 1980. Aparentemente, esta acusación tampoco era desconocida por algunas guerrilleras durante la guerra contra Somoza. Véase, por ejemplo, el testimonio de Benigna Mendiola en Paola Pérez Alemán, *Ibid*, p. 34.

<sup>5</sup> Paola Pérez Alemán, *ibid*, p. 87; Martha Luz Padilla, et. al., *op. cit.*, p. 129-131. Es importante aclarar que todos estos trabajos reconocen la importancia de la contribución femenina en la producción rural. Cuando hablo de obstáculos a la participación femenina me refiero específicamente a la libre participación en todos los ámbitos de la sociedad.

Estas observaciones sobre los aspectos materiales de la situación femenina son esenciales para una comprensión completa de los obstáculos que impiden la participación sin trabas de las mujeres en la producción y otros ámbitos extra-domésticos. No obstante, carecen de una comprensión matizada del funcionamiento de prácticas y discursos patriarcales que mantienen a las mujeres en esta posición, y que sostienen su subordinación a nivel más general.<sup>6</sup>

Este trabajo intenta ofrecer un análisis que logre captar tales matices. El análisis se basa en materiales etnográficos y de historia oral recogidos durante quince meses de trabajo de campo en El Tule entre 1992 y 1993, y un mes adicional en 1995. Intento entender el por qué de la reacción masculina al colectivo de mujeres a través de un análisis cultural de procesos de construcción de identidades. Específicamente, exploro las entrelazadas identidades masculinas y femeninas de El Tule y los problemas que mujeres y hombres enfrentaron a medida que internalizaban las identidades introducidas por la revolución. Mi argumento es que la revolución ofreció a las mujeres posiciones subjetivas que permitían la continuidad de sus valores fundamentales pero que al mismo tiempo abrían mayores posibilidades de acción y, potencialmente,

<sup>6</sup> Estos trabajos generalmente también hacen referencia a los obstáculos ideológicos que enfrenta la participación de las mujeres. Sin embargo, raramente van más allá de ofrecer argumentos circulares al referir el problema a ideologías patriarcales o al machismo.

procurar prestigio y poder, independientemente de los varones. Estas posiciones, sin embargo, generaron conflicto con los varones ya que sus nuevas identidades revolucionarias - en sus principales características, un calco de identidades masculinas pre-existentes- seguían basándose en el control de sus cónyuges, y su dependencia económica y social.<sup>7</sup> A nivel teórico, este trabajo ofrece una concepción del género como proceso y producto de variadas articulaciones de estructuras e iniciativa individual de tal manera que esclarezca la lógica de las prácticas sociales desde la perspectiva del actor; empero uno sujeto a las posibilidades de las estructuras en las cuales está inserto.<sup>8</sup>

La próxima sección elabora los contextos locales y nacionales en los cuales se desarrollaron los colectivos de mujeres en El Tule. Seguidamente, detallo el acercamiento teórico que guía mi estudio y proporciono un análisis de las dinámicas de género en El Tule antes de la revolución. En la sección que sigue, pinto un retrato de las nue-

<sup>7</sup> Algunos trabajos claves que teorizan la práctica como categoría analítica son Pierre Bordieu, *Outline of a Theory of Practice*. London, Cambridge University Press, 1977; Michel de Certeau, *The Practice of Everyday Life*. Berkeley, University of California Press, 1984, Sherry Ortner, "Theory in Anthropology Since the Sixties". *Comparative Studies in Society and History* vol.26, no. 1, 1984.

<sup>8</sup> Female-headed households accounted for thirty-four percent of Nicaraguan households in the mid-1980s. In Managua, the number was sixty percent. Oficina de la Mujer and MIPLAN, citadas en Maxine Molyneaux, "Mobilization Without Emancipation? Women's Interests, the State, and Revolution in Nicaragua", *Feminist Studies* Vol. 11, no.2, summer 1985, p. 247.

vas identidades revolucionarias promovidas por el gobierno sandinista, discuto las formas en que las mujeres y hombres en El Tule las recibieron así como los problemas que surgieron a medida que los pobladores -especialmente los varones- se apropiaron de las nuevas identidades, sin desechar viejas posturas. Finalizo el trabajo contextualizando el caso dentro del proyecto de género del estado, haciendo hincapié en el significado de consecuencias no intencionales a nivel local.

## COLECTIVOS Y CONTEXTOS

A principios de la década sandinista, El Tule era una comunidad de casi cuatrocientas personas dedicadas a la ganadería y al cultivo de arroz y plátano, y en menor grado de maíz y frijol. En contraste con un número elevado de comunidades del país, en El Tule, eran escasos los hogares que carecían de un hombre como jefe de familia.<sup>9</sup> Estos se dedicaban al trabajo del campo en tierras propias suplementado con trabajo asalariado en ciertas temporadas, mientras que las mujeres trabajaban principalmente en la casa, ayudándose ocasionalmente con la venta de comestibles hechos por ellas. Sólo en épocas de demasiada escasez

<sup>9</sup> El colectivo de crianza de cerdos, que ahora incluye ganado y siembras de varios tipos, sigue funcionando en el presente. Durante mi trabajo de campo, pude observar que la oposición de los hombres que había dificultado tanto el trabajo y la organización del colectivo durante la época sandinista, seguía siendo un problema para la mayoría de las miembros en la época postrevolucionaria.

las mujeres buscaban empleo como domésticas en pueblos o ciudades cercanas.

Con la opción de los colectivos al inicio del período revolucionario, se abrió para las mujeres una nueva fuente de trabajo que tenía la ventaja de no requerir que ellas abandonaran sus hogares. Durante esta década, hubieron dos colectivos de mujeres en El Tule. El primero, un colectivo de hortalizas, que se organizó en 1982 y funcionó por cinco años durante los cuales contó con una membresía de entre once y quince mujeres. En 1987, este colectivo se dismanteló para formar un colectivo más grande de crianza de cerdos. Para el cierre del período sandinista, este colectivo seguía funcionando, aunque el número de miembros se había reducido de veintidós a seis.<sup>10</sup>

El primer colectivo de El Tule se organizó durante los años iniciales del movimiento cooperativo en Nicaragua. Aunque en estos momentos el estado canalizaba la mayor parte de su apoyo hacia las cooperativas de hombres, también apoyaron y alentaron la organización de algunas cooperativas y colectivos de mujeres.<sup>11</sup> Además de la necesidad de producir alimentos a precios cómodos para la población urbana, el gobierno le dio gran impor-

tancia a las cooperativas porque las consideraba piezas clave en la formación y consolidación del Estado, así como semilleros de unidad patriótica y de clase. De la misma forma, las organizaciones que trabajaron con El Tule durante estos años, todas las cuales eran parte del movimiento sandinista, centraron sus esfuerzos en promover y apoyar al movimiento cooperativo en la comunidad.

En 1987, cuando se formó el segundo colectivo de mujeres, otras razones coyunturales incidieron en el apoyo del estado hacia la integración de las mujeres en la producción. Entre lo más importante, la intensificación de la guerra contrarrevolucionaria había creado un vacío laboral que el gobierno intentó llenar con la integración de las mujeres a varios sectores de la economía formal. En el campo, las cooperativas de producción y empresas del estado reclutaron a muchas mujeres para que trabajaran a la par de los hombres en el cultivo de alimentos para suplir la demanda nacional. Un número creciente de colectivos de mujeres también se organizaron durante estos años.<sup>12</sup> De esta manera, el estado y el país entero se beneficiaron política y económicamente de la participación organizada de las mujeres en la producción.

<sup>10</sup> Helen Collinson, *Women and Revolution in Nicaragua*. London, Zed Press, 1990. pp. 42-43, 49-51; Murguialday, *op. cit.*, p. 105.

<sup>11</sup> Paola Pérez Alemán, *op. cit.*, p. 54; Amalia Chamorro, "La Mujer: logros y límites en 10 años de revolución", *Cuadernos de Sociología*, No. 9-10. Managua, UCA, 1989, p. 127; Clara Murguialday, *op. cit.*, p. 105; Martha Luz Padilla, et. al., *op. cit.* pp. 128-131.

<sup>12</sup> El primer colectivo fue ubicado en las tierras del patriarca de la comunidad. Las tierras en el cual se situó el segundo colectivo fue donado a las mujeres por una cooperativa masculina del pueblo vecino. A partir de 1994, la cooperativa empezó a negar haber hecho esta donación y, argumentando que las tierras están en préstamo, se rehúsa a traspasarlas formalmente a nombre del colectivo.

En El Tule, como he mencionado, las miembros del colectivo (así como otros activistas locales y de fuera) veían la organización, ante todo, como un medio para mejorar la dieta de las familias. Sin embargo, también le consideraban un medio potencial para mejorar la economía de sus familias de forma más general, e incluso como una especie de seguro en caso de que sus maridos las abandonaran. Estos incentivos para organizarse eran especialmente fuertes en el caso del segundo colectivo, ya que era una iniciativa ambiciosa y, durante sus primeros años, financiada generosamente por organizaciones europeas que apoyaban proyectos de desarrollo en Nicaragua. Como se dieron las cosas, ninguno de los proyectos resultó particularmente rentable. Sin embargo, al finalizar la década, las mujeres seguían insistiendo en sus esfuerzos por sacar adelante su organización.

¿Cuáles fueron los problemas que enfrentaron estas organizaciones? Primero, al igual que organizaciones masculinas, los colectivos tuvieron dificultades técnicas y organizacionales que surgieron de la inexperiencia de las miembros con este tipo de producción. El segundo tipo de problema afectaba a las mujeres específicamente, y eran comunes entre mujeres a lo largo del país. Estos problemas radicaban en la falta de infraestructura y políticas para aliviar la carga doméstica y del cuidado de los niños que tenían las mujeres. Sin este tipo de apoyo por parte del estado, muchas mujeres que se hubieran interesado

en participar en actividades extra-domésticas no hubieran podido hacerlo. También muy dañino, en el caso específico de El Tule, fue ubicar los colectivos en tierras prestadas y cuyo título no estaba a nombre de las mujeres.<sup>13</sup>

Es importante subrayar que estos problemas, especialmente los dos primeros, eran suficientemente serios como para desalentar a las mujeres a participar, independientemente de otras dificultades que los colectivos tuvieron. En este trabajo, sin embargo, me interesa centrar el análisis exclusivamente en el problema antes mencionado de la resistencia de los varones a la participación de las mujeres. Dada la estructura fuertemente patriarcal de las comunidades campesinas en Nicaragua, no es de sorprender que los violentos ataques verbales, materiales y corporales hacia las miembros del colectivo desde un principio lograron corroer mucho del ímpetu y el entusiasmo inicial de la organización. En ambos colectivos, por ejemplo, al término del primer año, varias miembros, cansadas de soportar tanto abuso, habían capitulado a los deseos de sus maridos y abandonado la organización. Sin embargo, otras lucharon por quedarse, en varios casos con éxito, mientras en mayor o menor grado continuaban aguantando el hostigamiento de sus parejas durante todo el período de su participación.

Antes de pasar al análisis de la configuración de género en El Tule,

<sup>13</sup> Sherry Ortner, "Gender Hegemonies", *Cultural Critique*. Winter, 1989-1990.

vale aclarar que la oposición a la integración de las mujeres a los colectivos no fue la única causa de la pérdida de la membresía a través del tiempo, ni del reducido número de mujeres en las organizaciones. También, muy perjudiciales fueron las marcadas enemistades y conflictos que existían entre mujeres que pertenecían a distintas facciones del pueblo. Estas grietas profundas que dividían a las familias de El Tule, se reproducían continuamente a través de luchas por recursos y prestigio que, en caso de las mujeres incluía una feroz competencia por hombres. A causa de rivalidades y pleitos que éstas generaban, muchas miembros potenciales fueron excluidas de las organizaciones, se excluyeron voluntariamente, desde el principio. En los casos en que mujeres enemistadas se integraron, los problemas entre ellas sumados a los otros problemas de las organizaciones, poco a poco fueron minando el deseo de las mujeres de seguir en las organizaciones. Es así que estas organizaciones estabilizaron su membresía a través de la purga de mujeres en conflicto. Para bien o para mal, esto puso fin a los problemas causados por rivalidades dentro de los colectivos. No así con el problema de la oposición de los varones. Con una perseverancia casi admirable, éstos se mantuvieron recalcitrantes a lo largo de la existencia de los colectivos.

## HEGEMONIAS DE GENERO EN EL TULE

El concepto de hegemonía de género propuesto por Sherry Ortner ofrece una herramienta útil para pensar las dinámicas de género en El Tule.<sup>14</sup> Como señala Ortner, el concepto de hegemonía asume la existencia de cierta lógica y orden en marcos culturales que estructuran el lenguaje, la ideología, las prácticas y las instituciones. Sin embargo, difiere de conceptos comúnmente utilizados (tales como sistema y estructura) en que no carga consigo problemas de ahistoricidad, singularidad y funcionalismo. Es más, precisamente porque la idea de hegemonía implica desigualdad y contradicción en las relaciones sociales que abarca el orden prevaleciente, asume la existencia de luchas para lograr autoridad y poder, así como la necesidad de desplegar esfuerzos contenidos para lograr mantener la estabilidad de cualquier sistema de dominación.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Estas características de los procesos socio-políticos probablemente se encuentran en todas las sociedades contemporáneas, pero existe variabilidad en el grado al cual están arraigados en una sociedad en un momento dado. En principio, mientras más ámbitos estén ordenados por el marco cultural dominante, más incrustada estará una hegemonía. Reconocer que un orden hegemónico nunca calza nítidamente sobre la totalidad del universo social y político de una sociedad, sin embargo, también implica reconocer la existencia de cabos sueltos, o espacios, que en cualquier momento pueden jugar un papel en los procesos continuos de dominación y desafío. Es por eso que para entender los procesos hegemónicos es necesario prestar atención tanto a las dinámicas de lo interno del orden dominante, como a la relación cambiante entre elementos dentro y fuera de su alcance.

<sup>15</sup> William Roseberry, "Hegemony and the Lan-

En El Tule, la hegemonía de género estuvo dominada por la categoría masculina desde el origen de la comunidad a fines del siglo XIX. Esto significa que lo masculino dominaba tanto los órdenes de prestigio como el ejercicio de poder en el pueblo. También implica que la lógica primaria de esta hegemonía construía el género como diferencia, y el poder como diferencia de género. Es así que las categorías femeninas y masculinas, consideradas mutuamente excluyentes, estaban organizadas jerárquicamente de tal manera que a lo codificado masculino se le asignaba mayor valor y poder. Como en otras culturas en que el género funciona como eje primario para significar relaciones sociales, en El Tule, la lógica dominante del género se insinuaba dentro de relaciones de diferencia en discursos subdominantes, sobredeterminando la forma en la cual éstos representaban diferencia. De esta manera, el género funcionaba como metáfora para otras formas de diferencias de poder, y otras formas de poder se representaban como genéricas. Así, por ejemplo, las personas consideradas superiores como masculinas y aquellas consideradas inferiores como femeninas; y los procesos de dominación eran representados como masculinos y los que constituían el ser dominado, como femeninos.

La subjetividad de las personas

estaba igualmente sujeta a estos procesos de construcción cultural. Dentro de esta concepción del funcionamiento del poder social, las personas no existen como entidades dadas por naturaleza sino que son *producidas* como efectos de discursos múltiples -en el caso de identidades de género, como efectos de discursos de género y las prácticas que éstos conllevan. Para elaborar esta concepción de tal manera que ilumine el problema que aborda este artículo, utilizo el trabajo de la crítica cultural Teresa de Lauretis,<sup>16</sup> que propone entender el género como producto y el proceso de su representación. En otras palabras, el género, existe en su construcción y en los efectos semánticos de ella. Al incluir los efectos semánticos de su construcción, la propuesta de De Lauretis nos permite entender las representaciones no sólo como *ideologías*, etéreamente suspendidas sobre prácticas concretas, sino como constitutivas de prácticas sociales y mundos materiales en los cuales se encuentran concretizadas.

Esta concepción del género calza nítidamente con una perspectiva de género como hegemonía, ya que una de las características de los procesos hegemónicos es que lo invaden todo, utilizando una misma lógica (o serie de lógicas) para construir representaciones (y auto-representaciones) a través de discursos así como para ordenar prácticas sociales y sus contextos materiales. En El Tule, por

---

guage of Contention", en Gilbert M. Joseph and Daniel Nugent (eds), *Everyday Forms of State Formation*, Durham and London, Duke University Press, 1994.

---

<sup>16</sup> Teresa de Lauretis, "The Technology of Gender", en *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, London, Macmillan, 1987.



ejemplo, los hombres estaban representados como dominantes sobre las mujeres, y también estaban situados en posiciones de dominación en relación a mujeres que ocupaban su mismo estatus social. De esta manera, la mayoría de las posiciones de influencia en asuntos locales fueron ocupados por los hombres históricamente y fueron los hombres los que establecieron los términos a través de los cuales se distribuían las actividades, derechos y obligaciones de las mujeres.

Cuando indico la existencia de una hegemonía masculina en El Tule, me refiero justamente al hecho de que los hombres controlaban el marco cultural a través del cual se organizaba la vida de los pobladores. Como señala Roseberry,<sup>17</sup> independientemente del grado en que las personas se adhieran a sus posiciones asignadas en un momento dado, o crean en la legitimidad de éstas, puede considerarse que una hegemonía existe cuando un grupo dominante logra establecer un marco cultural y material a través del cual se den las negociaciones y luchas sociales. En la concepción que ofrece Roseberry, el énfasis analítico se desplaza del entendimiento de los procesos a través de los cuales se obtiene el consentimiento de un pueblo -ya que tanto el consentimiento como la coerción están necesariamente presentes y entrelazados en una configuración hegemónica- hacia aquellos a través de los cuales los grupos dominantes y subordinados entablan una lucha sobre los

términos de su relación.

La existencia de discursos dominantes y subordinados en la mayoría de las culturas indica la falta de correspondencia o disparidad entre construcciones hegemónicas y subjetivas de género, y nos llama a buscar una forma de pensar la relación entre las dos. Si las personas no están simplemente socializadas a sus identidades y roles genéricos ¿cuál es el mecanismo a través del cual se forman como sujetos de género? Wendy Holloway<sup>18</sup> ofrece una forma de teorizar la construcción de subjetividades de tal manera que se le otorga el debido peso a la interpelación de la personas sin que por eso se les tache de simples receptoras pasivas.

Siguiendo a Foucault, ella arguye que los deseos de las personas son producidos por la operación del poder; concebido no como fuerza repressiva, sino más bien como mecanismo productivo de significados, valores, conocimientos y prácticas. El poder, en este sentido, es insidioso, y funciona formando sentimientos y prácticas tanto por encima como por debajo del umbral de la conciencia. Holloway sugiere que las personas dentro del alcance del poder asumirán posiciones sociales específicas no como un asunto de falsa conciencia ni tampoco de libre determinación, sino como una forma de *inversión* en los beneficios que tal posición ofrece. La noción de

<sup>17</sup> William Roseberry, *Op. Cit.*

<sup>18</sup> Wendy Holloway, "Gender Difference and the Production of Subjectivity", en Julian Henriques (ed.), *Changing the subject: Psychology, Social Regulation, and Subjectivity* (London, Methuen, 1984).

inversión otorga iniciativa (*agency*) a los sujetos del poder, y es particularmente útil para conceptualizar las prácticas de grupos subordinados y oprimidos. En las palabras de De Lauretis, una inversión se halla en un espacio "entre un compromiso emocional y un interés en el poder relativo (satisfacción, recompensa, pago) que esa posición promete (pero no necesariamente cumple)".<sup>19</sup>

En El Tule, el marco dominante a través del cual se constituía el género, y las posiciones que contruía para mujeres y hombres, estaba estructurado por una competencia masculina de prestigio y poder en la cual una masculinidad apropiada dependía de lograr un doble reto: primero, un varón debía adquirir, aumentar y proteger un patrimonio disuadiendo la intrusión de gente de afuera y controlando a los de adentro. En este contexto, las mujeres, metáforas clave del patrimonio masculino, estaban sujetas a una aguda supervisión. Mientras que un varón debía controlar cuidadosamente los puntos de contacto de su patrimonio con el mundo de afuera, el segundo reto que debía cumplir era el de penetrar hábilmente otros patrimonios idealmente, también, protegidos. El premio mayor de esta competencia era el prestigio acumulado a través del éxito en este doble reto.

En El Tule, las posiciones que ofrecía la hegemonía de género para hombres y mujeres se concretizaban en prácticas socio-espaciales que enfa-

tizaban la distinción entre la casa y la calle, ámbitos considerados radicalmente opuestos, mutuamente excluyentes y de un fuerte carácter genérico. En una dinámica continua, ciertas prácticas genéricas contruían espacios y lugares concretos tanto como éstos contruían las prácticas que se daban en ese espacio o lugar (o se referían a él).<sup>20</sup> Así, para los varones, la casa era un referente socio-espacial para la posición de *buen hombre* que provee y protege a su familia, mientras que la calle estaba ligada al concepto del *hombre muy hombre*, exitoso en la conquista sexual. Para las mujeres, la distinción relevante era entre *mujer de la casa*, es decir, mujeres en uniones formales con un varón del cual se consideraban a *su cargo*, y *mujer de la calle*, mujeres en relaciones informales con uno o más varones y que por ende carecían de apoyo económico y de otros tipos.

En las ideologías hegemónicas locales, los conceptos de la casa y la calle estaban ligados a subjetividades de género de una manera diferente para varones y para mujeres.<sup>21</sup> Para

<sup>20</sup> Algunos trabajos de gran visibilidad actual en la teorización del espacio son Derek Gregory et. (eds.) *Human Geography: Society, Space and Social Science*. London, Macmillan, 1994; Scott Lash and John Urry, *Economies of Signs and Space*, London, Sage Publications, 1994; Doreen Massey, *Space, Place and Gender*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994.

<sup>21</sup> Es crucial indicar que la discusión sobre casa y calle que sigue supone la perspectiva de la posición dominante o hegemónica. En la vida real de las personas, sin embargo, la posición hegemónica siempre está en constante negociación con posiciones contestatarias que cuestionan sus términos y significados.

<sup>19</sup> Teresa de Lauretis, *Op. Cit.*, pp. 15-16.

los varones, la calle era un lugar al extremo sexualizado donde ellos vivían su libertad, afirmaban su autonomía, y competían por establecer su superior proeza sexual. Empero más que una ubicación geográfica, la calle era una construcción que connotaba la multiplicidad de actividades implicadas en el acto de conquista sexual. Para los hombres que no lograban alcanzar este ideal masculino, sin embargo, la calle significaba su sumisión y apropiación por aquellos que alcanzaban la codiciada meta. Estos hombres, es decir, dejaban de ser varones siendo feminizados metafóricamente y ridiculizados en comentarios sobre su excesivo apego a casa y mujer.

Los significados de la calle para las mujeres eran inversos a lo que significaba para los varones. Para las mujeres, en primera instancia la calle era, literal y metafóricamente, el lugar de su vulnerabilidad a los varones y sus acechos ya que este espacio cargaba consigo todas las connotaciones de falta de protección, es decir, vulnerabilidad sexual, y más comúnmente, accesibilidad sexual. Por lo tanto, las mujeres no acompañadas se consideraban ya *fracasadas* y por ende menos merecedoras de respeto y menos valiosas que las mujeres protegidas de la casa. Lo mismo sucedía con las mujeres en la posición de *mujer de la calle*, cuyas relaciones con hombres que no se hacían responsables de ellas de muchas formas las dejaba sin valor como mujeres en la sociedad local. Finalmente, para *mujeres de la casa*, la calle estaba asociada con una amenaza a su

posición, en un sentido doble: primero, por la presencia de la *otra mujer* de su pareja, en la cual el marido podía invertir recursos que legítimamente les correspondían a ellas o, menos frecuentemente, que podían usurpar su lugar como *la de la casa*. Segundo, las mujeres de la casa estaban amenazadas por la calle por su vulnerabilidad a acusaciones de infidelidad si osaban desviarse, aún en forma mínima, del espacio que les había sido asignado. En este caso, el significado de *la calle* era paralelo a aquel que se refería a actividades masculinas de conquista sexual, sugiriendo no tanto una ubicación geográfica, como una serie de comportamientos que sometían a cuestionamientos la fidelidad sexual de la mujer. Por lo tanto, si mujeres de la casa salían sin un motivo específico, podían ser criticadas de gustarles estar en *la calle*, un insulto que podía poner en riesgo la relación con su pareja.

Mientras que, de acuerdo al discurso hegemónico, los significados de la calle estaban constituidos como (y por) actividades masculinas, la casa representaba asuntos tanto femeninos como masculinos.<sup>22</sup> Esta distinción, que surgía implícitamente de usos del lenguaje diferentemente situados, se anclaba en los referentes dobles del concepto: el interior de la casa, que le pertenecía a la mujer, y su exterior, que pertenecía al hombre. Para las

<sup>22</sup> Como lo indica Janise Hurtig, en realidad, estas esferas se pueden distinguir no por tener diferente género, ya que se encuentran ambos sexos, sino porque cada ámbito se constituye (y constituye) una forma diferente de masculinidad y feminidad. Véase *Gender Lessons*. Ph. D. Dissertation, University of Michigan in progress, 3er capítulo.

mujeres, cuyas perspectivas del mundo se proyectaban hacia afuera desde el interior de su casa, la casa era un lugar asociado con protección y respeto.<sup>23</sup> Estas conotaciones radicaban en la costumbre de que un hombre que le hacía una casa a una mujer, independientemente de qué tan humilde ésta fuera, demostraba seriedad en sus intenciones hacia ella y le daba valor y respeto ante la comunidad.

El significado de este concepto difería para los hombres. Como aspirantes a patriarcas, la casa era el símbolo de su logro de un estatus masculino. Es así que, en la sociedad local, cuando los hombres establecían sus propias casa, anunciaban su independenciamiento de sus padres y reclamaban su derecho a patriarcas. La perspectiva de los varones sobre la casa, en contraste con la de las mujeres, surgía de una mirada al mundo situada desde fuera de la casa -la calle y el exterior de la casa eran su terreno y la continuidad de la casa con la calle, y su potencial porosidad a ésta, un hecho que les concernía profundamente.

Los hombres que lograban posicionarse de esta manera, podían constituir su más valiosa identidad masculina, es decir, simultáneamente asumir las posi-

ciones de *buen hombre* y de *hombre muy hombre*. Esta *doble postura*, que dependía de la distinción radical entre mujeres de la casa y mujeres de la calle, implicaba la habilidad de balancear lo que Whitehead<sup>24</sup> denominaba *rasgos de respetabilidad*, asociadas con estabilidad doméstica, y *rasgos reputacionales* asociados con el comportamiento masculino.

En suma, la constitución de las actividades más valiosas de los hombres dependía de su capacidad de mantener la distinción tajante entre mujeres de la casa y mujeres de la calle, y en última instancia, de controlar todo el universo social de la comunidad. Es así que cuando los tulleños decían que *las mujeres en la casa y los hombres en la calle*, no estaban simplemente sugiriendo una distribución sexual de espacios sociales. Más bien, hablando desde una posición panóptica, estaban reclamando la autoridad de los varones de ubicar a las mujeres en un espacio que, al igual que el resto de espacios de la comunidad, les pertenecía a ellos. esto es lo que el colectivo de mujeres, sin tener esta intención, puso bajo cuestionamiento.

<sup>23</sup> No cabe duda que, tal como lo dictaba la lógica hegemónica, para las mujeres, la casa significaba protección de *la calle*. Sin embargo, también es cierto que la casa era el lugar donde las mujeres en relaciones formales vivían su sumisión al patriarca, y por lo tanto, el lugar de donde surgían los impulsos contrahegemónicos. Para una discusión sobre este problema, véase mi artículo "Violencia doméstica y patriarcado en un pueblo nicaragüense: observaciones discrepantes sobre la sacralidad de la casa", mimeo, 1996, de Rosario Montoya.

<sup>24</sup> Tony Whitehead, "Breakdown, Resolution and Coherence: the fieldwork experience of a big, brown, pretty-talking man in a West Indian community", en Tony Whitehead et. al, (eds). *Self, Sex and Gender in Cross-Cultural Fieldwork*. Urbana, University of Illinois Press, 1986; 234. Véase también Peter Wide, "Man the Hunter: gender and violence in music and drinking contexts in Colombia", en Penelope Harvey, et. al. (eds), *Sex and Violence: Issues in Representation and Experience*, London, Routledge, 1994.

## MUJERES, VARONES Y LA REVOLUCION

Para los pobladores de El Tule, la mayoría de los cuales invirtieron fuertemente en ideologías e identidades sandinistas, las posiciones subjetivas que la revolución dispuso, abrieron una serie de nuevas formas de ser varón y ser mujer. Para los hombres, la posición más preciada era la que encarnaba la representación del Hombre Nuevo, ícono supremo de la conciencia de clase en la mitología revolucionaria.<sup>25</sup> En su personificación de la época de Reconstrucción Nacional, el Hombre Nuevo también era un patriarca benévolo, sin los excesos del machismo como las borracheras, la *conquista* y el maltrato de mujeres.<sup>26</sup> En El Tule, el aspecto caba-

lleroso de la construcción del Hombre Nuevo representaba un ideal de comportamiento social considerado tan parte del militante sandinista ejemplar, como del altruista sujeto de clase. Es muy posible que esta representación gozara de gran aceptación en el pueblo porque sonaba (y frecuentemente se asimilaba) a la popular imagen del *buen hombre*, el hombre obligado tan central a la identidad de los varones dentro de la hegemonía prevaleciente. Es más, ya que el discurso sandinista no distinguía entre estas dos representaciones, para los pobladores de El Tule, las imágenes del Hombre Nuevo como caballero y como revolucionario con conciencia de clase era consustanciales.

Las posiciones subjetivas que la ideología sandinista ofrecía a las mujeres eran más diversas que las de los hombres, e incluían imágenes tradicionales como las de madre y compañera abnegada así como imágenes nuevas como la de Mujer Nueva como guerrillera y activista. Durante la década revolucionaria, el estado sandinista promovió agresivamente la imagen de la Mujer Nueva como activista incansable, presente en la producción y la política a través de su participación en las organizaciones de la revolución. En El Tule, esta imagen de la Mujer Nueva se puso en circulación princi-

<sup>25</sup> Para una examinación a fondo de la construcción del Hombre Nuevo en la literatura revolucionaria de Nicaragua, véase Ileana Rodríguez, *Eros/Fatherland: Deconstructing the Nation-State*, University of Minnesota Press, por salir.

<sup>26</sup> Esta imagen del Hombre Nuevo fue promovida al mismo tiempo que se introducían reformas legales para contrarrestar la incidencia históricamente elevada de abandono del hogar por parte de los hombres, la poligamia, y la irresponsabilidad paterna. Discusiones importantes sobre las políticas estatales hacia la familia se pueden encontrar en Karen Kamwirth, *Democratizing the Nicaraguan Family: Struggles over the State, Households, and Civil Society*. Ph.D., University of California Berkeley, 1993; Molyneaux, "Women", in Thomas Walker (ed.), *Nicaragua: the First Five Years*, New York, Praeger, 1985, "Mobilization Without Emancipation? Women's Interests, The State, and Revolution in Nicaragua". Lois Wessel, "Reproductive Rights in Nicaragua: From the sandinistas to the Government of Violeta Chamorro", *Feminist Studies*. vol. 17, no. 3, 1991. Discusiones sobre las políticas de estados socialistas del tercer mundo hacia la familia, véase Maxine Molyneaux, "Socialist Societies Old and

New: Progress Toward Women's Emancipation?" *Monthly Review*, vol. 34, no. 3. July/August, 1982. Shannon Bell ofrece una interpretación de la política del cuerpo femenino socialista en su artículo, "The Political-Libidinal Economy of the Socialist Female Body: Flesh and Blood, Work and Ideas", *Dialectical Anthropology*, vol. 15, 1990.

palmente a través de organizadores sandinistas que trabajaban con los pobladores en varios proyectos, y particularmente, a través de educadores populares y activistas de la organización sandinista de mujeres que participaron en la formación del colectivo de mujeres. De acuerdo al espíritu de la nueva izquierda latinoamericana y su énfasis en la auto-construcción del sujeto revolucionario, estas personas sugirieron tanto a través de su lenguaje como de sus acciones que los tulleños estaban suficientemente *avanzados* como para poder construir Mujeres Nuevas sandinistas, así como habían estado construyendo Hombres Nuevos sandinistas.

A cierto nivel, los pobladores dentro de la cultura revolucionaria acogieron estos ideales. Las mujeres del colectivo, por ejemplo, adquirieron respeto como revolucionarias y patriotas por estar organizadas. Sin embargo, como veremos más adelante, la continuidad de la construcción del Hombre Nuevo con identidades pre-existentes mantuvo la estabilidad de las nociones patriarcales prerevolucionarias; y podemos verlo en una crítica a las mujeres que surge dando continuidad en la vieja crítica a las mujeres como *vagas*. Este discurso, propuesto como una crítica desde una postura sandinista y usado para socabar el colectivo en varias ocasiones, se centraba en los problemas internos de la organización, para afirmar que las mujeres no estaban bien organizadas porque peleaban demasiado. En la ideología sandinista, esta crítica se

traducía en una acusación a las mujeres de estar demasiado preocupadas por pelearse entre ellas mismas para verdaderamente poder lograr ser sandinistas con conciencia de clase.

Estas acusaciones no tardaron en ser desafiadas. En el proceso de defenderse, las mujeres pusieron al descubierto la vacuidad de la crítica de los hombres mientras desarrollaban una comprensión de sus desventajas al tratar de representar sus perspectivas dentro de la sociedad patriarcal de El Tule, como lo explicó Yamilet:

a veces igual es...porque de discusiones, también ellos discuten; pero es más visto en nosotras las mujeres que en ellos. (Porque la gente) se fija más en las mujeres, cuando las mujeres discuten; pero cuando un hombre pelea, no. Se pelearon, se agarraron, se mordieron, ya pasó...Pero yyyay si se agarró la Yamilet con la otra ya van a hacer el comentario que "si, se agarraron y le dieron, que es una gran puta, que de aquí, que de... bueno, y ya uno se desprestigia."<sup>27</sup>

Como indican las palabras de Yamilet, las mujeres se daban cuenta de que acciones similares serían percibidas y juzgadas de formas diferentes en El Tule de acuerdo al sexo del autor. Sin embargo, la contradicción a lo interno de la acusación las hizo tomar conciencia de que las quejas de los hombres estaban dirigidas a algo más que la supuesta capacidad de las mujeres de organizarse con conciencia de clase.

Si tomamos seriamente el apoyo de los varones al colectivo a cierto

<sup>27</sup> Entrevista con Yamilet López, 21 de marzo de 1995.

nivel ¿Cómo podemos explicar su reacción amenazada? Una forma, sugiero, es pensando a los varones como *atrapados* en las contradicciones del marco de género revolucionario, que no ofrecía ninguna salida de las nociones prerevolucionarias de masculinidad. Es más, varios aspectos de las reacciones de los hombres se pueden explicar a la luz de la hegemonía de género prerevolucionaria.

En muchos aspectos, el colectivo amenazaba coartar la capacidad de los hombres de constituir subjetividades históricamente valoradas. Primero, al establecer su derecho sobre un espacio público encabezado por mujeres, las miembros del colectivo estaban infringiendo en terreno masculino, socavando el privilegio de los hombres de ser dueños de los espacios de *afuera* y amenazando romper con su monopolio sobre todos los espacios del pueblo. Con de Certeau,<sup>28</sup> podemos apreciar el significado de esta acción a través de la óptica de la política del espacio al notar que una vez que un sujeto delimita un lugar como suyo, se desencadenan toda una serie de efectos de poder. Entre éstos, estar posicionado de esta manera permite usar su espacio como una base desde la cual se pueden administrar estratégicamente las relaciones con el exterior. En El Tule, el colectivo de mujeres se conformó en el único espacio en el cual las mujeres podían prescindir de

la postura cautelosa, calculada, es decir, táctica, que adoptaban en ámbitos dominados por los hombres.

En suma, además de la transgresión de las mujeres en terrenos masculinos, al estar formalmente organizadas, trabajando juntas y tomando sus propias decisiones para promover sus intereses como mujeres, las miembros del colectivo estaban desafiando configuraciones de género que en gran parte se sostenían a través de mantener a las mujeres física y socialmente aisladas y divididas la una de la otra.<sup>29</sup> En este sentido, vale remarcar la incesante vigilancia masculina de las relaciones entre mujeres, y su inevitable hostigamiento si, por ejemplo, las mujeres se juntaban a conversar. La acusación acostumbrada en estos casos era que ellas se reunían para intercambiar consejos de cómo obtener *queridos* y hacer arreglos para econtrarse con ellos en secreto.

Por lo menos metafóricamente, el trabajo de las mujeres en las hortalizas también amenazaba la imagen de los varones como proveedores adecuados, elemento central de su identidad de *buen hombre*. Porque aunque los pobladores reconocían que las mujeres tenían que trabajar fuera de casa en situaciones de necesidad, esto era considerado como último recurso al cual se debía optar, sólo cuando los hombres habían agotado todas las po-

<sup>28</sup> Michel de Certeau *op. cit.*, xix, 36-39. En el tercer capítulo de este libro de Certeau se ofrece una exposición lúcida de la política de prácticas y su relación al espacio/tiempo.

<sup>29</sup> Aunque la existencia del colectivo en sí suponía un espacio dirigido a promover los intereses de las mujeres, también es cierto que se dieron algunos problemas entre ellas porque a veces, priorizaban intereses familiares que iban en contra de los intereses del grupo colectivo.

sibilidades de encontrar trabajo. Pero este no era el caso durante la revolución, ya que la mayoría de los hombres (y de las mujeres que lo quisieran) podían encontrar empleo fácilmente en un ingenio cercano. Al ingresar al colectivo sin *verdadera* necesidad, algunas mujeres hacían que sus maridos parecieran proveedores inadecuados, y aún peor, que parecieran incapaces de mantener a sus mujeres en su lugar.<sup>30</sup> Finalmente, al desplazarse libremente en un espacio de *afuera*, las mujeres se volvieron objetos de chismes que les atribuían todas las connotaciones de *la calle*. Implícitamente, los chosmes comentaban sobre la incapacidad de los hombres de mantener a sus mujeres en su lugar y, por implicación, cuestionaban su habilidad como custodios y protectores. Si las reacciones de los hombres se pueden explicar por la persistencia de nociones de la hegemonía de género prerrevolucionaria, aún es necesario anclar históricamente nuestra explicación y preguntar: ¿Por qué pesó más la posición patriarcal del Hombre Nuevo con respecto al colectivo de mujeres que los aspectos activistas de esta

<sup>30</sup> En el trabajo del cual el artículo forma parte, discuto la admiración y el respeto que se ganaban las mujeres *solas* que trabajaban mucho para mantener a sus hijos, aún cuando en los ojos de los pobladores éstas carecían de valor como mujeres. Es posible que las actividades de las miembros del colectivo sugirieran esta imagen y que sus significados -particularmente sus connotaciones de independencia económica (y sexual) -inconscientemente amenazara a sus maridos. Véase, Rosario Montoya del Solar, *Fractured Solidarities: Utopian Projects and Local Hegemonies in Nicaraguan, 1978-1990*, Ph. D. Dissertation, Anthropology and History, University of Michigan, 1995.

representación? ¿Y por qué no sucedió lo mismo con las mujeres?

Sugiero que en gran parte, esto tenía que ver con una marcada diferencia entre hombres y mujeres tanto de incentivos, como de posibilidades, de realizar en la práctica las preciadas identidades revolucionarias. Para las mujeres, por ejemplo, el invertir en la identidad activista de la Mujer Nueva ofrecía varias ventajas y satisfacciones. Por un lado, como se ha mencionado, al ingresar al colectivo, las mujeres adquirirían cierto respeto como mujeres conscientes y organizadas ante aquellos que se consideraban sandinistas.<sup>31</sup> Por otro lado, su participación les proporcionaba alimentos para sus familias y potencialmente, ingresos adicionales -todo esto, sin tener que depender de su pareja. Si la existencia de estos incentivos explica el por qué las miembros, cuya mayoría eran *mujeres de la casa*, se atrevieron a ocupar un espacio de *la calle*. Esta pregunta nos lleva al corazón de las luchas que se dieron en El Tule a raíz del colectivo, es decir, a las luchas por establecer significados.

Al igual que la mayoría de las palabras, los significados de *la calle* eran múltiples y potencialmente contradictorios. Literalmente, este concepto se refería al mundo social más allá de las paredes de la casa. Metafóri-

<sup>31</sup> Para comprender la fuerza emocional que puede tener el impulso patriótico, véase los estupendos trabajos de Doris Sommer, *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America*. Berkeley, University of California Press, 1991 y Benedict Anderson, *Imagined Communities Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1983.



camente, sin embargo, el concepto era más estrecho, y se refería exclusivamente a actividades relacionadas con la conquista sexual. Como era predecible, en la batalla que se dio a partir de la participación femenina en el colectivo, los hombres se aferraban al significado literal de la palabra, acusando a las mujeres de *vagas* y de gustarles *andar en la calle*, mientras que las miembras argüían que ellas no estaban en la calle, sino trabajando. *Para buscar hombre no necesito ir al colectivo*, comentó Licha más de una vez, reiterando un argumento que escuché frecuentemente en El Tule, *yo voy a trabajar porque es una ayuda para la casa y más porque a mi marido le gusta tomar y andar con mujeres*.<sup>32</sup> Las mujeres, como lo explicó Licha claramente, invirtieron en el aspecto activista de la representación de la Mujer Nueva porque esa posición las beneficiaba y potencialmente les daba cierto poder independientemente de sus maridos. Sin embargo, no por esto dejaron de invertir en identidades pre-existentes, lo que quizás explica su afán por interpretar la nueva posición de tal forma que rehusara las connotaciones de *la calle*. Dado el entrelazamiento de las identidades prerevolucionarias, sin embargo, la nueva configuración de las identidades femeninas no dejó de afectar la imagen de los hombres, amenazando socavar la base sobre la cual ésta se había anclado históricamente, es decir, la distinción entre *malas mujeres* y *buenas mujeres*, sin mancha de *la calle*.

<sup>32</sup> Entrevista con Licha Alvarez, 9 de octubre de 1992.

Al igual que las mujeres, para los hombres, el invertir en las prestigiosas identidades revolucionarias no fue problemático ya que podían identificarse con facilidad con ambas caras de la representación del Hombre Nuevo. Sin embargo, realizar éstas identidades en el contexto de las exigencias de la revolución suponía ciertas contradicciones. Es decir, a pesar de que las identidades revolucionarias seguían cargando con el bagaje patriarcal de la masculinidad pre-existente, el estado esperaba que los varones le dieran el visto bueno a la política estatal de integrar a las mujeres en las actividades del proceso revolucionario. En la mayoría de los casos, esto era pedir demasiado, ya que en El Tule no existía -y la revolución no ofreció- una imagen cultural (y su correspondiente mundo material) en la cual tal posición pudiera anclarse.<sup>33</sup> Es más, incluso la imagen del Hombre Nuevo activista, aparentemente tan diferente al *caballero* sandinista, implícitamente construía a las mujeres como simples *complementos* de los hombres (activistas), o a lo sumo, ofrecía silencio sobre este punto.<sup>34</sup> Sin duda, aún más im-

<sup>33</sup> Es crucial entender que las identidades masculinas de la revolución encontraron tierra fértil en la conformación de la sociedad revolucionaria, la cual mantuvo rasgos fundamentales del contexto material de las identidades masculinas pre-existentes. Independientemente de los deseos de las personas de habitar posiciones de género progresistas, esta continuidad de pautas genéricas dificultó enormemente la constitución de identidades alternativas. Véase mi trabajo *Fractures Solidarities*, *op.cit.*, 5 to. capítulo.

<sup>34</sup> Para la lectura sobre la representación del Hombre Nuevo como auténtica figura guerrillera, véase el trabajo de Ileana Rodríguez, *op.cit.*

portante, es el hecho de que los hombres no tenían nada que ganar al desechar posturas patriarcales que no tuvieran ya. Al contrario, tenían mucho que perder. El resultado fue que muchos hombres que se consideraban sandinistas se encontraron, casi sin querer, en una posición a la que, en principio se oponían.

### TRANSFORMACIONES IRONICAS

En su libro sobre literatura femenina postcolonial en latinoamérica, *House/Garden/Nation*, Ileana Rodríguez expone al Hombre Nuevo del sandinismo como una suerte de reencarnación del ideal masculino del horizonte liberal nicaragüense de principio del siglo.<sup>35</sup> Es irónico que la revolución sandinista -un proyecto de profundos compromisos sociales en otros aspectos- haya reproducido tan acriticamente rasgos genéricos fundamentales de la formación social que repudiaba.<sup>36</sup> Por otro lado, de repente

es demasiado utópico esperar que, en un país marcado por arraigadas hegemónicas de género masculinas (de las cuales el liderazgo (masculino) sandinista no estaba exento), los varones hubieran soltado las riendas del poder sin una lucha. Quizá más irónico, entonces, son las consecuencias positivas no intencionadas que tuvieron a nivel local algunas de las políticas de género de la revolución.<sup>37</sup>

De gran importancia en este sentido fue la construcción de una conciencia de género femenina que poco a poco se fue dando a partir de los violentos choques entre varones y mujeres. Como en los casos de Yamilet y Licha, muchas mujeres que enfrentaron oposición a su participación pudieron darse cuenta -o, con más exactitud- pudieron articular verbalmente, la forma en que sus intereses conflictuaban con los de los varones.<sup>38</sup> Ahora bien, es importante tomar en cuenta que, en gran medida, este proceso fue facilitado por la legitimidad que la revolución otorgó a posiciones femeninas requeridas para impulsar el desarrollo del incipiente estado. Al

<sup>35</sup> *House/Garden/Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Post-colonial Latin American Literatures by Women* Durham, Duke University Press, 1994.

<sup>36</sup> Actualmente, existen excelentes trabajos sobre discursos como el marxismo y el nacionalismo que, aunque en cierta forma liberadores, contienen rasgos colonialistas. Véase especialmente los trabajos del colectivo de estudios subalternos tales como Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993; *The National Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton: Princeton University Press, 1993; Tanajil Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, New Delhi, Oxford University Press, 1983; *The Prose of Counterinsurgency*, in R. Guha and Gayatri

Chakravorty Spivak. (eds.) *Selected Subaltern Studies*, New York, Oxford University Press, 1988.

<sup>37</sup> En *Factured Solidarities*, *op.cit.*, capítulos uno y siete, discuto en detalle la ambivalente postura del gobierno sandinista ante la problemática de género en la revolución. Pues, al igual que el apoyo del gobierno hacía ciertas demandas femeninas fue instrumental en muchos de los logros de las mujeres, su ambivalencia en cuanto a las demandas más feministas (y no solo femeninas) frenó avances de suma importancia para las mujeres.

<sup>38</sup> Es preciso dejar claro que al hablar de una nueva conciencia de género, no intento negar la existencia de otras formas de conciencia de género en épocas prerrevolucionarias.

articularse con las hegemonías locales, estas posiciones representaron una amenaza para los varones totalmente inesperada por el gobierno. Porque aunque los sandinistas ciertamente intentaron abrir nuevas posibilidades para las mujeres campesinas, nunca previeron causar estas revueltas en contra del orden patriarcal. Es más, la tan criticada reticencia del estado sandinista de apoyar los problemas feministas (y no simplemente femeninos) de las mujeres precisamente intentaba evitar las consecuencias políticas de desafiar estructuras patriarcales. Si las políticas del estado abrieron un espacio femenino potencialmente subversivo a las pautas del orden genérico, lo hicieron sin intención alguna, y con resultados que el liderazgo no podía prever.<sup>39</sup>

En términos de una agenda fe-

minista, quizás la lección más importante de esta experiencia es que hasta reformas modestas pueden presentar una amenaza a configuraciones de género dependiendo de cómo se articulen en el complejo nudo de subjetividades entrelazadas y poder en la sociedad local. Por lo tanto, cualquier intento de combatir la dominación masculina debe empezar por examinar los aspectos simbólicos y materiales de las hegemonías de género así como la medida de su arraigo en las relaciones sociales existentes. Así, no nos tomará por sorpresa el descubrir que las lógicas hegemónicas están ancladas en prácticas que parecen tangenciales a la constitución de las jerarquías de género existentes, así como en las expresiones más obvias de la dominación masculina.

---

<sup>39</sup> Como vimos anteriormente, sus esfuerzos por integrar a las mujeres a la producción estaban principalmente dirigidas a compensar la escasez de fuerza de trabajo causada por la movilización de los hombres al frente de guerra. Se han escrito varias críticas de la timidez del sandinismo en cuanto a la implementación de un proyecto feminista. Quizás las más conocidas dentro de la literatura estadounidense son las de Margaret Randall, *Gathering Rage: the Failure of 20th Century Revolutions to Develop a Feminist Agenda*. New York, *Monthly Review*, 1992, y las entrevistas en su libro *Sandinista's Daughters Revisited: Feminism in Nicaragua*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1994). Otras críticas más suaves han sido ofrecidas por Karen Kampwirth, *Democratizing the Nicaraguan Family: Struggles over the State, Households, and Civil Society*, Ph. D. Dissertation, University of California, 1993; Roger Lancaster, *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley, University of California Press, 1992; Heana Rodríguez, *Registradas en la Historia: 10 años de Quehacer Feminista en Nicaragua*, Managua, Editorial Vanguardia, 1990.